

PRESENTACIÓN GUILLERMO BRAVO

De golpe entramos al siglo 21.

Tuvimos que encerrarnos en nuestras casas y detener toda esa energía, todo ese movimiento creativo, productivo, social sobre el que veníamos como arriba de una ola.

Para poder salir a la calle tuvimos que ponernos una mascarilla que nos obligó a mirarnos a los ojos y reconocer en ellos las expresiones que quedaron ocultas. Ver en los ojos la sonrisa. Ver el enojo.

Para poder juntarnos tuvimos que recurrir a plataformas digitales en las que, para que funcionen bien, debemos hablar de a uno. Escucharnos.

Debimos concentrarnos en la mirada y el oído. En observar y escuchar.

Es así como comenzaron cientos de lives de Instagram, de Facebook, en que comenzó gente a conversar y muchas y muchos a escucharlas.

Se generaron también espacios de debate y de reflexión tremendamente relevantes, que toda la energía con la que veníamos no daba espacio para que ocurriera.

Esto permitió, al menos en Chile, que se fortaleciera la relación del sindicato de técnicos de cine y que en un mismo espacio compartieran también los distintos gremios audiovisuales. Un espacio de reencuentro producto de no poder filmar.

Un espacio también que ha sido importante para los estudiantes del campo audiovisual en que han podido conocer y escuchar de primera voz el oficio de directores, directores de fotografía, de arte, productores, etc.

Un gran espacio de aprendizaje

Un espacio posible porque no se pudo filmar.

¿Y si no podemos filmar, cómo enseñamos cine?

Las y los docentes tuvimos que reunirnos, conversar y tomar ese mundo digital que ya nos gobernaba para ponerlo al servicio de la educación con diversas estrategias. Sin duda, el ámbito teórico de la formación fue más fácil de abordar que el práctico.

Ese fue el desafío para estudiantes y docentes. Lo práctico. ¡¡El gran desafío!!

Nuestra reflexión nos llevó a concluir y ratificar, que en la educación del cine tenemos que enseñar procesos y no soluciones. Y para eso hay que volver al origen.

Ricardo Larraín, fundador de nuestra Escuela, planteaba que los cineastas debemos conocer y manejar muchas herramientas: luces, cámaras, equipos de sonido, programas de edición... Pero la principal herramienta somos nosotros mismos. Y en eso es donde hoy debemos centrar nuestra formación.

El mundo digital ha sido un gran aporte para hoy se produzcan más películas, con cientos de tipos de cámara que dan excelentes resultados. Con software que hacen que la edición sea rápida.

Pero eso mismo, ha llevado a los estudiantes a la solución rápida. Al doble click que omite la reflexión y el análisis, por ejemplo, que existía antes de hacer un corte cuando trabajábamos en moviola o cuando íbamos de vacaciones con 2 rollos de fotos. 72 fotos tomadas de manera consciente. No 300 y después veo con cuales me quedo.

¿Cómo llevamos esto al cine?

Pensamos entonces en acercarnos nuevamente a las películas del neorrealismo italiano, a Marie Menken, a Chris Marker, a Godard y motivamos a nuestros estudiantes a encontrar el aprendizaje del cine en la investigación de lenguajes. Narrar con pocos recursos y desde la reflexión del momento que estamos viviendo, forzándolos a explorar en la búsqueda de su propia voz.

Retratar los grandes cambios y reflexionar sobre ellos.

Detenerse

Observar. Escuchar.

Es así como ahora tenemos en producción un poco más de 70 cortometrajes que reflexionan sobre este momento.

Potenciando el trabajo colectivo en que desde sus casas puedan compartirse alguna toma, algún plano, un sonido. Incluso los roles dentro de la película.

Debo reconocer que hubo resistencia de los estudiantes en un comienzo. Invitarlos a alejarse de los lenguajes más tradicionales sumado a las obstrucciones que determina la pandemia, generó, a mi entender, algo de vértigo.

El temor a la pandemia, pero también la restricción de recursos técnicos para la creación en un primer momento generó una suerte de inmovilización ante un abismo.

Sin embargo, ahí están hoy. Haciendo cine.

En el equipo docente también sentimos ese vértigo.

Recurrir a nuevos métodos de enseñanza nos ha llevado a revisar lo que veníamos haciendo y creo que hay cosas que hay que cambiar. Que se pueden hacer de otros modos.

Que ha funcionado bien el trabajar con parejas de actores que viven juntos para a través de Zoom hacer clases de dirección de actores.

Qué en general ha funcionado bien que los estudiantes desde sus casas se conecten de manera remota a los laboratorios de computación de la universidad para aprender a operar software de edición, de sonido, de efectos visuales. Existen limitantes de país subdesarrollado como el acceso a internet y poder contar con un computador de más o buena calidad.

Pero debemos avanzar hacia una formación más integrada y colaborativa.

Que los intercambios estudiantiles podrán ser distintos, más inclusivos al no tener que depender de becas de estadía.

Que la transferencia de conocimiento puede fluir de una nueva manera entre el mundo académico.

Que, si asumimos estos cambios y los implementamos en nuestras escuelas, estaremos formando nuevos cineastas. Con una impronta nueva. Capaces estar dentro del ruidoso e hiperactivo ecosistema digital sin perder la capacidad de reflexionar, observar y escuchar.